

Cómo la huerta de mi abuelo me enseñó a sobrevivir siendo negro y *queer*

Amirio Freeman

Traducido al español por Kevin A. Pérez

Texto original en inglés - [Aquí](#)

"Hay cosas malas sucediendo en esta tierra".

Estas son palabras de John Handcox, un músico *folk*, inquilino granjero, organizador sindical y hombre negro que vio, una tras otra, la maduración de las "cosas malas" cosechadas dentro del paisaje estadounidense de Jim Crow. Hoy día, aún hay manos mal intencionadas que perpetúan la siembra de "cosas malas", rezando para que estas echen raíces, penetren en la superficie de la tierra y se conviertan en leyes y actitudes que continúen haciendo que el suelo estadounidense sea nutritivo para algunos y árido para la mayoría. "Hay cosas malas sucediendo en esta tierra". Y sin embargo, "la mayoría" de nosotros —los indocumentados, los discapacitados, los pobres, los musulmanes y, como yo, los negros y los *queer*— todavía estamos aquí, eligiendo vivir, una y otra vez. O, al menos, estamos intentado todo lo posible por hacerlo.

El hecho de que Estados Unidos sea tan hostil con los cuerpos que se parecen al mío y que aman como el mío es un hecho que me ha desgastado las retinas: veo los titulares con los nombres de mujeres negras transgénero brutalizadas; veo el decaimiento en la salud de mi padre causado por décadas de microagresiones laborales; veo las estadísticas sobre las crisis del VIH/SIDA que estallan en las comunidades negras y *queer*; y veo las imágenes de cuerpos negros sin vida esparcidas por las redes sociales. El desarraigo de las personas de color y *queer* ocurre con suficiente frecuencia en Estados Unidos como para ser pronosticado en un calendario, lo cual nos obliga a convertirnos en supervivientes; deseando, constantemente, alejarnos de los bordes del apocalipsis, luchando, constantemente, para que no se deshagan de nosotros.

El difícil arte de permanecer vivo en este país a menudo requiere de adaptación. Para mí, formar parte del micelio digital (grupos de Facebook, chats grupales) es un intento de adaptarme. Tomarme *selfies*, y afirmar profundamente mi negritud reluciente y *queer*, se ha convertido en otro intento. Me tomo el tiempo para comunicarme conmigo mismo en mi habitación, refugiándome temporalmente de los agentes del racismo, la homofobia, la transfobia y la *femmefobia*. Hacer siestas también es un ungüento confiable contra los efectos de la supremacía blanca, y bailar es

un remedio que consumo con frecuencia para inhibir el marchitamiento físico y psíquico. Las lágrimas sanan.

Si bien esta adaptación me ha ayudado a sobrellevar la carga que se produce al habitar la negritud y la rareza (*queerness*), esa carga sigue siendo pesada. Residir en un mundo alimentado por la ruptura de nuestro cuerpo requiere más que encontrar consuelo en la desintegración violenta del mismo —sobrevivir en un mundo así requiere conjurar nuevas posibilidades de vida. Nuevos horizontes. Mundos completamente nuevos para ocupar. De todos esos lugares, he encontrado mundos nuevos en la huerta de mi abuelo.

Ubicada en un pedazo de tierra en Carolina del Sur, hay una huerta que pertenece a mi abuelo materno— abuelo William. Durante innumerables visitas de verano a lo largo de mi infancia, esquivando el tiránico calor del sur, me sentaba en el patio trasero del abuelo William y lo observaba —con su atuendo característico de colores oscuros, camisa gastada, sombrero de ala ancha, pantalones cortos descoloridos y medias altas— darle amor a su parcela de tierra. Manipulando con cuidado el suelo y actuando como una especie de doula para producir maravillas ricas y brillantes. La okra. Los tomates. Los pepinos. La calabaza. Las verduras. Todos esperan ser encurtidos, congelados o comidos directamente del suelo con la cantidad justa de sal, pimienta y vinagre. Incluso hoy, mi abuelo todavía cuida su huerta, siempre trabajando para perfeccionar una sabiduría agrícola que se ha transmitido por generaciones. Su huerta es mi herencia.

Y también mi maestra. Mi aliada y co-conspiradora.

A menudo olvidamos que los espacios naturales siempre han funcionado como escapatoria para la supervivencia de los más marginados. Harriet Tubman leía las estrellas para refugiarse a sí misma en la libertad. Hoy, *millennials* negros están recurriendo a las cosmologías botánico-religiosas para reclamar su poder en una sociedad que los considera impotentes. Los círculos *queer* están aprendiendo a dismantelar los sistemas opresivos mediante el estudio de la alineación de los planetas. Yo, tras haber presenciado la relación de mi abuelo con la tierra a lo largo de los años, he leído entre líneas la huerta, revelando escrituras en la tierra que delinean posibilidades de florecer cuando se está anclado en suelos inciertos. Delineando también modos de transformar por completo los suelos mismos. De cada maleza arrancada, de cada riego de la tierra y de cada semilla plantada, he aprendido un lenguaje que me enseña a florecer en Estados Unidos, especialmente siendo *queer* y negro.

Lección uno: de la huerta de mi abuelo, aprendí que ir más allá de la supervivencia requiere inclinarse hacia la fe. Pero una fe en la continua existencia. Fe en el hecho de que la vida que uno ha cultivado seguirá siendo ininterrumpida. Fe en la capacidad de los espacios de muerte para transformarse en extensiones de la vida. El abuelo William confía en la fe todos los días que cultiva su huerta. Con cada semilla que planta en el suelo de Carolina del Sur —un suelo marcado por los vestigios de barcos de esclavos, cadáveres negros y bustos de Confederados— mi abuelo tiene la fe de que, después de estar en la oscuridad durante un tiempo, cada semilla explotará y luchará para ver la luz y eventualmente dar un fruto. Un derroche de vida. Con cada siembra, mi abuelo está seguro de que una tierra que fue preparada para provocar su aniquilación, le dará alimento. Al adoptar esos gestos de fe, cada mañana, me impregno de la certeza de que mi cuerpo persistirá, y se levantará al día siguiente.

Lección dos: de la huerta aprendí que ir más allá de la simple supervivencia requiere perturbar las tranquilas aguas del *status quo*. Dentro de su refugio de vides, lombrices de tierra y cielo, el abuelo William se deshace de identidades desajustadas y raídas, y se vuelve poroso hacia otros yoes, incluidos aquellos que son vistos como insurreccionales en un mundo sostenido por imágenes de matones negros y brutos. Yoes en los que él se muestra vulnerable, cuando murmura palabras de ternura y coraje a sus plantas. Yoes en los que él se muestra tierno, incluso cuando labra con fuerza la tierra. Yoes con los que se involucra en una intimidad profunda y fluida, olvidando dónde termina su propia existencia y comienza la del suelo. Abuelo, en su huerta, se involucra en los actos de creación del mundo, cada vez más encarnado, más presente. La huerta me reta a superar los límites de este mundo para imaginar mis propios paisajes negros y *queers*, donde mi existencia está suavemente acunada. He aprendido a perturbar las tranquilas aguas del orden normativo de las cosas en Estados Unidos, especialmente, para evitar mi propio ahogamiento.

Y lección tres: de la huerta aprendí que ir más allá de la supervivencia requiere involucrarse en un "trabajo de raíz". No me refiero al trabajo de raíz como la práctica mágica de la curación de la diáspora africana, sino al trabajo de raíz que implica la resurrección de las raíces, del pasado de uno mismo, con el propósito de permanecer enraizados y sostenidos. Mi abuelo reconoce el poder de este trabajo de raíz cada vez que almacena semillas provenientes de su huerta. Para él, cada semilla es un archivo agrario que puede activar en cualquier momento para proveer alimentos a sí mismo y a sus seres queridos. Cada semilla es un recuerdo, una memoria, una mirada

retrospectiva y una fuente dadora de vida que necesita de un conocimiento pasado para marcar el comienzo de la prosperidad futura. El almacenamiento de las semillas me ha empujado a hacer mi propio trabajo de raíz, lo que me ha llevado a preguntarme constantemente: *¿qué puedo aprender de aquellos que han soportado lo que estoy viviendo ahora? ¿Qué hay para aprender de la resistencia de mis antepasados? ¿Cuáles epistemologías de la prosperidad puedo extraer de los ancianos sobre cuyos hombros estoy parado?*

El verano pasado, mientras visitaba al abuelo William, le pregunté por qué trabajaba la tierra. ¿De acuerdo con qué modelaba él su sociabilidad con la tierra? Estaba buscando una historia sobre su origen. Sentados en la mesa de su cocina, me contó que su padre, J. B. Singletary, fue agricultor. Para ganar dinero, para ganarse la vida, para mantener a su familia, para sobrevivir a la atmósfera racial de principios del siglo XX, mi bisabuelo se dedicó al trabajo agrícola y se convirtió así en la fuente del conocimiento agrario de mi abuelo. En mi familia, la tierra siempre ha sido una herramienta para esquivar la muerte, para lidiar con el hecho de que "nunca estuvimos destinados a sobrevivir".

Lo diré una vez más: "Hay cosas malas sucediendo en esta tierra". Y, sin embargo, la tierra ha sido mi salvación. Si bien todos los días son una lucha para navegar en una casa de sustos —la bala de un oficial de policía, el agua envenenada, el mal modo de las masculinidades tóxicas en la calle— la huerta de mi abuelo ha servido como un conocimiento de lo común, ofreciendo no solo lecciones sobre cómo sobrevivir, sino también sobre cómo florecer. Expandirse. Sentirse completo. Inaugurar mejores formas de vida. Como una persona negra y *queer* que está bajo ataques constantes, mi muerte siempre es una posibilidad, haciendo que la idea de regresar a la tierra sea algo que generalmente me da miedo. Pero regresar a la tierra, por medio de entender la pedagogía de supervivencia de las huertas, se ha convertido en una clave crucial para mi respiración sostenida.

Amirio Freeman (@plantasia_barrino). Originario de Hampton, Virginia, y actual residente de Washington D.C., Amirio Freeman es un artista negro y *queer* defensor de los sistemas alimentarios. Actualmente se desempeña como especialista en defensa para una organización nacional dedicada a mitigar el hambre. El trabajo de Amirio se puede encontrar en: beinggreenwhileblack.club.